

Cuarta versión

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR FERNANDO SOLSONA EN EL ACTO DE ENTREGA DEL PREMIO A LA PROFESIÓN EN RADIOLOGÍA

Prof. Fernando Solsona

Madrid, 8 de noviembre de 2013.

Los dones que el hombre puede recibir a lo largo de la vida corresponden a dos géneros morales muy distintos entres sí: la retribución y el regalo. La primera nos da lo que merecemos y es hija de la justicia; el regalo nos da más de lo que nos merecemos y es fruto de la generosidad.

La distinción que hoy me otorga la Sociedad Española de Radiología por una vida dedicada a la ciencia radiológica, y que yo recibo con humilde gratitud, es, en parte, verdad; mi vida desde hace cincuenta y siete años y dos días ha estado dedicada, sobre todo, al cultivo y difusión de la Radiología y sus ramas. Pero otros muchos colegas han hecho lo mismo y, acaso, algunos no han sido tan afortunados.

En efecto: el 6 de noviembre de 1956, gané la oposición a alumno interno pensionado de Terapéutica Física (nombre entonces vigente de la disciplina universitaria) y que, al alcanzar yo la cátedra, intervine para su cambio de nombre por el de Radiología y Terapéutica Física, en 1971, y más adelante por el definitivo de Radiología y Medicina Física, y tuve oportunidad de intervenir en la ordenación de nuestra disciplina dentro de los departamentos de la Radioelectrología y Medicina Nuclear de la Seguridad Social, a partir de 1974.

En cualquier caso, el denominador común de mi actividad médica ha sido mi dedicación a todas las ramas, y cuando no disponíamos en el Hospital Miguel Servet de equipos adecuados de Radioterapia, dediqué mi actuación a potenciar el radiodiagnóstico, diseñado en mi libro, *Organización de la Radiología hospitalaria*, una concepción de la misma y recabando en dicho libro unos medios que la hicieron avanzar y mucho en múltiples ambientes, distinguiendo cuatro ramas en la Radiología Médica: radiodiagnóstico, medicina nuclear, radioterapia y electrología, que en la Universidad se continuaba con la rehabilitación; en la importancia de esta última se vio incrementada cuando la creación de las ciudades sanitarias, gracias a aquel gigante de inteligencia, diligencia y honestidad que fue el prof. Enrique Serrano, catedrático de Derecho administrativo y subsecretario del Ministerio de Trabajo, en el que se integraba entonces la Seguridad Social. Este excepcional jurista era miembro del grupo que encabezaba

don Blas Tello, y del que formaban parte los profesores Carlos Ollero, Alonso Olea, Alonso García, Boquera y el entonces ministro de Trabajo Licinio de La Fuente.

El grupo de personas que en aquellos años estaban al frente de la Medicina en la Seguridad Social: José Martínez Estrada, Luis Alberti, Gonzalo Cabanillas, Manuel Lamas, Manuel Santos Zamacona, Antonio Oñorbe, supieron dotar de adecuados medios a aquellos hospitales donde había buenos médicos. Eso nos permitió la oportunidad de publicar la monografía *Organización de la Radiología Hospitalaria*, con otra monografía apéndice de la primera dedicada a la organización de la Radiología en una Ciudad Sanitaria, llamada en tiempos de José Antonio y que, en 1982, pasó a llamarse, a instancias mías, Hospital Universitario Miguel Servet. Asimismo, pude organizar una plantilla, suficiente para el desempeño de todas estas tareas, aunque yo me ocupase directamente de la Radioterapia. En una ocasión, en el seno de la SEREM, dije que yo estaba casado con la Radioterapia, pero que tenía una querida que era la Electrología; ahondando en el lenguaje familiar, el Radiodiagnóstico era hijo de la propia Electrología, pues cuando nace, en 1896, los gabinetes de Radiología se instalaron junto a la Electrología (así, por ejemplo, en Zaragoza, con los gabinetes de Enrique Rodríguez Fraguas, en Coso, 120 (que, en su anuncio en la prensa local, añadía: “visita gratuita los domingos”, para las personas no pudientes) y Augusto García Burriel, Alfonso I, 40 (bello anuncio en las guías Arco). Repasando la historia de nuestra disciplina, el V Congreso Internacional, que se celebró en Barcelona en 1910, se llamó de Radioelectrología. En ese afán mío de querer conocer todas las ramas, mi decisión de hacerlo con mayor intensidad en Radioterapia, lo fue porque mi vocación docente lo era hacia cátedra de Terapéutica Física que incluía la radioterapia; incluso, en esa línea de querer conocer todas la disciplinas (*Saberlo todo no se censura, practicarlo todo puede pecar contra la reputación*, solía decir Gracián), así, incluso, mi tesis doctoral fue *Diagnóstico de las enfermedades tiroideas por el yodo 131*, de llamativa importancia en los comienzos de lo que pronto se llamaría Medicina Nuclear, disciplina cuyos avances iniciales crecieron muy deprisa.

Pude asistir al espectacular desarrollo en aquellos años de la CGR, de Siemens, Philips, General Eléctrica, Toshiba, Barazzetti y Gilardoni.

Antes, durante mis tiempos de pensionado en la Universidad de Roma (1960-1961), pude asistir al desarrollo de la cobaltoterapia y de los aceleradores (entonces, el prototipo era el Betatrón). Este tirón sufrido por la industria de los aceleradores estimuló también el interés del capital por el radiodiagnóstico (a lo que concurrió el éxito de los Beatles que hizo que la Emi dedicase buena parte de sus ganancias a la invención del Scanner X, en su primera versión solo para Radiología de la cabeza (1973), ampliándose dos años después el desarrollo de la tomografía del cuerpo entero, *total body scanner*). Después, llevada de la mano (como decía Galileo) de algunas similitudes con el Scanner X (entre ellas, como fundamento, la aplicación del teorema de Fourier, ya entrevista en Zaragoza un siglo antes dicha aplicación del teorema por el físico y médico profesor Gregorio Antonino García Hernández). Así, se

llegó pronto a la resonancia magnética, en cuyo éxito tuvo buena parte el hecho de que no supusiese radiación ionizante.

Mi trabajo en estos 57 años se ha desarrollado entre la Universidad y el Hospital Miguel Servet de Zaragoza, mucho más en éste, a cuya denominación yo también contribuí en mi condición de miembro de la Junta de Gobierno del Hospital. La organización del departamento, racionalización de espacios, subdivisión en secciones, la precisión de las necesidades de personal, dio paso al debido uso de las máquinas que empezaban a dar el servicio que, en rápida progresión, alcanzaron cifras impensables de exploraciones, estimulando a los médicos existentes, intentando sugerir a los residentes que comenzaban a la elección de su territorio de actuación futura, de acuerdo con sus aptitudes y actitudes, en particular, con manifiesto desarrollo de la Neurorradiología y Radiología Vasculosa.

En 1973, tuvo lugar organizado por nuestra Sociedad el XIII Congreso Internacional de Radiología (octubre de 1973, Madrid) que supuso, a instancias nuestras una gran importancia para la ecografía, sobre todo, y también, en parte, para la termografía.

Cuando nuestro Departamento hubo alcanzado experiencia en Ecografía, fuimos solicitados para impartir conferencias en algunos hospitales extranjeros, lo que nos permitió tomar ideas de la relación con otros servicios clínicos de cada hospital que contribuían a suministrar enfermos y determinados procesos para el desarrollo de la ecografía abdominal, que nosotros habíamos incluido en el XIII Congreso Internacional de Radioelectrología (Barcelona, octubre de 1973). El mismo esfuerzo aplicamos en el desarrollo de la Termografía (también incluida en el XIII CIR), sin tanta fortuna con ésta, víctima de cruentas determinaciones de la industria radiológica.

Pronto mi identificación con el profesor Charles Marie Gros, inventor del ánodo de molibdeno, parte esencial del senógrafo en 1963. Charles Gros ha sido un hombre genial en la historia de la Radiología, con capacidad de arrastrar a muchos con sus ideas. Su cátedra de Estrasburgo incluía los cuatro servicios (Radiodiagnóstico, Radioterapia, Medicina nuclear y Radioelectrología) y, además de disponer de físicos en el departamento, incluso en el Hospital Civil de Estrasburgo, se preocupaban de la hidroterapia. De abril de 1969, arranca mi adhesión a la Radiología mamaria que, dada mi antigua dedicación a la patología mamaria, era lógico dedicase mi atención al diagnóstico y al tratamiento radiante, en suma, a trabajar en cuestiones de radiodiagnóstico y de terapéutica radiante del cáncer de mama, teniendo especial afán en el estudio de las enfermedades benignas mamarias, motivo de un curso en Santiago de Chile en 1987. Saltando los límites del diagnóstico radiológico y del diagnóstico precoz, me llevaron a la Prevención del cáncer de mama y a ello he dedicado mis afanes desde 1972, trabajando sin descanso en la medicina pública y privada en pro de la prevención del cáncer de mama, con resultados muy satisfactorios. Mi asistencia a sesiones de la Sociedad Europea de Radiología y de la Sociedad Europea de

Termografía médica, mi pertenencia al grupo Manosmed y al Club de Termografía de Marsella, me afincaron en los problemas de la prevención y a luchar contra las ideas peregrinas, que subrepticamente algunos políticos intentaban introducir en la mente de nuestras mujeres, haciéndoles creer a las mismas que, con una mamografía al año (“la mamografía del camión”), se impedía la aparición de un cáncer de mama (*sic*). Con todo este trabajo, llegó 2005, año de mi jubilación, a los 70 años, como Dios manda, que me impidió seguir con nuestras investigaciones de los algoritmos para distintas formas de presentación de lesiones mamarias, aunque con lo que entonces quedó plasmado sigue siendo verdad, en el ABC de la patología mamaria.

Acaso, mi contribución de más éxito en la historia de la radiología sea haber dado lugar (junto con L. Oliva, de Génova, y Puijlaert, de Holanda) al concepto de *diagnóstico por imagen*, englobando todas las disciplinas que contribuían a la imagen: radiodiagnóstico, ecografía, termografía, resonancia magnética, gammagrafía, lo que se constituyó, en realidad, hace ya 30 años.

Otro aspecto de mi aportación a la radiología sea mi opúsculo *Tratamiento del cáncer por el calor* (1977), posiblemente, tras los trabajos del *Australasian Journal of Radiology*, lo primero que se escribió sobre esta disciplina que tanto juego puede seguir dando todavía en medicina.

Desde mi jubilación (no me sé estar quieto), he dedicado mi tiempo a trabajar en la tertulia *Royo Villanova*, del Ateneo de Zaragoza, que se ocupa de agrupar a médicos con sentido humanístico en el cultivo de asuntos propios relacionados con historia de la medicina, sociología médica y epistemología, dedicando nuestra atención a la medicina patria, sobre todo, a la figura de Miguel Servet, de Santiago Ramón y Cajal y su escuela, a Laín Entralgo y a Gregorio Marañón, así, por ejemplo, la última publicación ha sido dedicada a la subyugante figura de *Don Justo Ramón, forjador de hombres*, padre de Santiago y Pedro Ramón y Cajal. Esta dedicación de la tertulia *Royo Villanova* ha tenido muy en cuenta a la radiología cuyos asuntos han llenado algunas sesiones de la misma.

Vuestra distinción, recibida con humilde gratitud, viene a coronar una etapa, sin duda, difícil a causa del hecho de la jubilación, y ahora al comenzar la penúltima etapa de mi vida médica mis afanes son terminar algunas publicaciones, apenas esbozadas, entre ellas, un anecdotario médico-radiológico que espero sea muy sabroso y un largo *ensayo sobre el carácter aragonés*, sin duda, difícil, pero que me liberará de este viejo compromiso adquirido conmigo mismo hace ya quince años.

En la esperanza de que Dios me dé salud y fuerzas para todo ello, sin duda, este premio a la profesión en Radiología será un buen estímulo. La Sociedad Española de Radiología ha sido uno de los objetos más queridos de mi vida. He intentado volcar en ella buena parte de mi pasión por la actividad intelectual. Había escrito Paracelso, en el siglo XVI, que *donde no hay pasión no hay arte*. Mi admirado Gregorio Marañón, en el siglo XX, había proclamado que *a donde no llega la ciencia llega siempre el amor*.

Baltasar Gracián, otra de las figuras universales más admiradas por mí, había dicho *qué importa que el entendimiento se adelante si el corazón se queda.*

Este mismo corazón os agradece inmensamente la distinción concedida y os promete seguir trabajando por la profesión, por la cultura, por la Sociedad de Radiología y por nuestra patria. ¡Que Santa María del Pilar nos ayude a todos!